

REPLICA A UN ENSAYO DEL DOCTOR DIEGO CARBONELL

La irrestañable vena del ilustre polígrafo Dr. Diego Carbonell acaba de ofrecer al público estudioso **un trabajo sobre El Mesianismo**, que merece alguna atención (1)

Por dicha nuestra podemos comenzar alabando, cuando menos, el **interés** que nuestro autor manifiesta por los temas histórico-religiosos, tan olvidados frecuentemente entre nosotros. Un reparo se nos ofrece en este punto, y es que fuera mejor olvidar que maltratar. Si el D. Carbonell comenzara por estudiar seriamente, antes de lanzarse a dictaminar magistralmente... Ni sé qué especie de tendencia suicida le empuja hacia los altos mares de los temas religiosos vastísimos y profundos, en los que se entrecruzan las más variadas corrientes históricas, filosóficas, teológicas y escriturísticas; por los cuales se aventura con poco seguros conocimientos de la carta de marear. No hay, pues, por qué maravillarnos de sorprender en su trabajo, entre arenilla de inexactitudes tendenciosas, multitud de errores.

UNA FALSIFICACION GRAVE. Escribe el articulista (2): "Es bien conocida la frase que Justino pone en boca del judío Trifón: Porque todos nosotros esperamos al Cristo, que será un hombre entre los hombres, **añadiendo el propio Justino que por cuanto el Cristo descenderá de David, no nacerá de una virgen**".

El Dr. Carbonell, siguiendo a Guignebert, nos convierte de esta manera en un hereje vulgar a S. Justino el filósofo, el principal campeón de la literatura apologética en el s. II, el que repitió incansablemente su fe en la virginidad de María y terminó sellando su fe con su sangre. Cedámosle cuanto antes al Santo la palabra, que sabrá defenderse. Escribe S. Justino en el mencionado diálogo (3): "Como leemos en los memoriales de los Apóstoles que (Cristo) es Hijo de Dios, le llamamos Hijo, y entendemos que lo es y que procedió del Padre antes que todas las cosas creadas, que se hizo hombre **por medio de la virgen**, para que, por el camino por donde se introdujo la desobediencia

nacida de la serpiente; por el mismo la desobediencia fuese reparada. Porque Eva, siendo virgen incorrupta, recibiendo la palabra de la serpiente, dió a luz la desobediencia y la muerte. Por el contrario, **María la virgen**, habiendo percibido la fe y la gracia; al ángel que le anunció la alegre nueva, a saber que el Espíritu del Señor vendría sobre ella, y que por esto, lo santo que de ella nacería, sería Hijo de Dios, respondió: **hágase en mí según tu palabra**".

El pasaje no requiere interpretación. La comparación que establece es clarísima. Como Eva, siendo virgen incorrupta, y sin dejar de serlo, sino por solo su consentimiento a las insinuaciones diabólicas, infringió el mandato divino y engendró la muerte; así María, siendo virgen y sin dejar de serlo, sino por solo su consentimiento a la embajada del ángel, engendró al Hijo de Dios, reparador de la culpa.

No es menos claro este otro pasaje de la misma obra (4), al que parece aludir el Dr. Carbonell: "Quedaría inmovible lo que acabo de demostrar: que éste (Jesús) es el Cristo de Dios, aun cuando no pudiese demostrar que preexistió, como Hijo del Creador del Universo, que es Dios él mismo, **y que se hizo hombre por medio de la virgen**... Porque hay algunos de nuestra raza que confiesan que él es el Cristo, aunque opinan que es hombre nacido de hombres; con los cuales no estoy de acuerdo, ni lo estaría aun cuando afirmasen otro tanto la mayor parte de los que profesan mi propia fe; porque no hemos recibido de Cristo el mandato de prestar nuestro asentimiento a doctrinas humanas, sino a aquellas que, predicadas por los santos profetas, fueron enseñadas por el mismo (Cristo)".

Explicito a más no poder es el siguiente fragmento de su Apología: (5). "Aquella expresión (de Isaías 7,14): He aquí que la virgen concebirá; se ha de entender sin concurso de varón. Porque, supuesto éste, no sería virgen. Así pues, la virtud de Dios, descendiendo sobre la virgen, hizo que, permaneciendo virgen, concibiese. Y así vemos que el ángel enviado entonces a la virgen, le dió la alegre nueva de esta manera: He aquí que concebirás en tu seno, del Espíritu Santo etc."

(1) Revista Nacional de Cultura, año VI (1944), n. 44 (Mayo — Junio), pp. 3—17; n. 45 (Julio — Agosto), pp. 40 — 57.

(2) *Ib.*, n. 44, p. 4

(3) Diálogo con el Judío Trifón, n. 100, Patrologiae cursus compl. accurrante Migne; series graeca, T. 6. col. 709

(4) Diálogo, n. 48; Migne, Graec., col. 580

(5) Apología I, 33; MG 6, 380 s.

Nos hablamos interminables, si pretendiésemos agotar los pasajes, en que S. Justino afirma, siquiera sea de paso, la virginidad de la Madre de Jesús (6). Contentémonos con indicar que, en favor de la concepción y parto virginal, explica los célebres pasajes de Isaías (7,14): He aquí que la virgen (concebirá y dará a luz...; de S. Lucas (1,35): "La virtud del Altísimo te hará sombra..."; y de S. Mateo (1,20): "Lo en ella engendrado es del Espíritu Santo" (7).

Nada de esto parece conocer el Dr. Carbonell; más aún, "le es bien conocido" todo lo contrario. Nosotros, sin embargo, no condenamos su ignorancia —no todos estamos obligados a saberlo todo—; pero no nos parece posible justificar el atrevimiento con que se lanza, en materias tan graves, a escribir sobre lo que parece ignorar. ¿O prefiere el Dr. que lo atribuyamos a mala fe? Recordemos únicamente que quien tales procedimientos científicos se permite, es el mismo que, en su solemne discurso de recepción en la academia de ciencias, levanta su voz para declamar contra "la vocinglería clerical" (8).

UN SINGULAR COMBATE. Llega un momento en que el articulista adopta un gesto heroico (No. 44, p. 9). Ante la muchedumbre de los principales vaticinios mesiánicos, con cuya enumeración llena una página, se siente belicoso y se dispone a triunfar gloriosamente de todos, derrotando al principal. "Bastará a nuestro intento —escribe— refutar brevemente una entre tantas profecías mesiánicas, sobre todo aquella que corresponde al nacimiento que llenaría en cierto modo la aspiración de los cristianos: es de Miqueas el siguiente vaticinio: Mas tú Bethlehem...; de tí me saldrá el que será Señor de Israel".

Es la actitud de David frente a Goliat. Su estrategia se reduce a desvirtuar el vaticinio de Miqueas, por lo menos respecto del carácter mesiánico de Jesús, probando que Jesús no nació en Belén sino en Naza-

(6) "Las más de las veces, a la Madre de Cristo no la llama María sino la *virgen*; costumbre que es también frecuente en otros autores". Lennerz, De b. Virgine, ed. 2ª, Roma 1935, p. 24.

(7) Puede verse una larga serie de citas comprobatorias en A. Vacant, Diction de Théol. Cathol., T.9, Parte 2ª, col 2370, París 1927.

(8) Su discurso y la respuesta del Dr. J. R. Risquez han sido publicados con el título "Carlos Darwin: naturalista y filósofo". Caracas 1944. Cf. p. 20

ret. Veamos los argumentos en que apoya tan novedosa aseveración. "Marcos —dice—, cree que nació en Nazaret, porque de allí de "su patria" lo hace venir cuando se encontraron Juan y el Salvador". Y esto es todo, lector. Si el argumento te parece endeble, sábetelo que, tal como lo propone Carbonell, lo es mucho más de lo que a primera vista parece. En efecto, léase el pasaje de S. Marcos (1,9) al que el Dr. alude, y se encontrará textualmente: "Y sucedió que en aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fué bautizado por Juan en el Jordán".

Nada se nos dice aquí de la patria de Jesús.

No habría por qué añadir una palabra más contra la argumentación del Dr. Carbonell. Pero ni queremos jugar al escondite, ni debemos desaprovechar la ocasión de evidenciar prácticamente, que la "vocinglería clerical", sabe resolver las dificultades, después de haberlas urgido mucho mejor que las acertaran a urgir los mismos incrédulos. Brillantemente desempeña estos dos papeles L. Cl. Fillion, compendiando la cuestión presente en estos términos (9): "Se alegan los pasajes de los Evangelios donde a N. Señor se le llama **Jesús de Nazaret y Jesús de Galilea**; aquellos en que se llama **su patria o la ciudad de Nazaret**; aquellos en que sus discípulos reciben el nombre desdeñoso y hostil de galileos, y hasta varios textos del Talmud que añaden al nombre del Salvador el epíteto de **ha-Notzeri - de Nazaret**. Ciertamente es que este nombre ha quedado indisoluble y gloriosamente asociado al de N. Señor; pero en buena y honrada exégesis, ni uno solo de estos textos que acabamos de citar prueba que Nazaret fuese su cuna. Allí tuvo lugar el misterio de la Encarnación; allí, según exactísima expresión de S. Lucas (4,16), "se crió"; allí transcurrieron los largos y apacibles años de su vida oculta: razón de más para que los evangelistas la llamen a veces **su patria en un sentido amplio, como dicen de Cafarnaún que era su ciudad**, porque ella fué como su centro habitual durante su vida pública (Mt,9,1). Pero en ninguna parte insinúan que allí hubiese nacido, y atribuirles tal opinión es violentar sus textos".

Precisamente las expresiones que podrían crear alguna mayor dificultad, aquellas en que Nazaret se dice la patria de Jesús, se

(9) Vida de N. S., Jesucristo, trad. por V. Ma de Larráinzar O. M. C.; 1ª ed. suramericana (Poblet, Buenos Aires) 1943, T. I, pp. 558 — 59.

encuentran en San Mateo (13, 54; 16, 1) y en S. Lucas (4,24); los dos evangelistas que con toda evidencia localizan el nacimiento de Jesús en Belén (Mat. 2, 1-8; Luc. 2, 1-18). Prueba evidente de que conceden a Nazaret el título de patria de Jesús, en un sentido amplio, pero corriente en todos los tiempos; sin incluir el nacimiento, de cuyo suceso puramente accidental en Belén, a su tiempo nos habían dado la relación conveniente.

Esta explicación tan llana, tan satisfactoria para todo entendimiento imparcial, le resulta ininteligible al Dr. Carbonell. En buen apuro nos mete con ello. El problema no es difícil; habiéndolo pensando detenidamente, no logra resolverlo. ¿Qué habremos de pensar?

Ni nos asusta aquella expresión hueca, misteriosa como el eco de una sabiduría insondable, con que el Dr. pone el broche de oropel a su faena (N. 44, p. 10): "... Guignebert concluye con mucha prudencia: Lo único que se puede decir es que no (?) es materialmente imposible...; pero la conclusión que la crítica prudente y la circunspección imponen es la de que no sabemos nada, y, sin duda, no sabremos nada nunca..."

No saben nada, y, sin duda, no sabrán nada nunca... Es posible, si tan empeñados están en ello. La psicología popular explica sabiamente la causa de muchas ignorancias parecidas, en una fórmula, cuya infantil sinceridad me prohíbe la transcripción. **Razones quisiéramos ver**, en las que apoyasen estos sabios su actitud; no ciegas negaciones, ni estribillos de loas a su propia prudencia y circunspección. Esta musiquilla, sin aquellas pruebas, nos suena sencillamente a farsa.

Consciente el Dr. Carbonell de la debilidad de su argumento, trata de rellenarlo con cascote de afirmaciones como ésta (N. 44, p. 9): "Ahora bien, cómo lo nota Roger, cuando Jesús vino al mundo, la familia davídica ya no existía". ¿Que razones podrían presentarnos ni Roger ni Carbonell, para dar algún barniz de verosimilitud a semejante afirmación? A no ser que se pruebe con aquella otra que nuestro articulista toma de R. Eisler (N. 45, p. 41): "... surgió un hombre, Jesús, que sin duda era... de la descendencia davídica". Con esta manera de citas, tomadas como al o- zar, desamparadas de pruebas y de crítico, tanto disimula el Dr. su prudencia y discreción, que nos arrebató la fe que quisié-

ramos tener en aquellas citas y en estas virtudes.

Sobre la afirmación aquella: "Marcos cree que nació en Nazaret", se establece una conclusión: dos tradiciones evangélicas, a saber, Marcos por una parte, Mateo y Lucas por otra, se contradirían. Otra contradicción más se denuncia: "Para Mateo era allí, en Belén en donde habitaban José y María antes de nacer el niño; para Lucas, ellos (?) de Nazaret a Belén para cumplir con el censo..." ¡Castillos en el aire, y un deseo muy mal disimulado de encontrar dificultades a toda costa! La primera contradicción queda sin base entendidos los evangelios honradamente, razonablemente, como acabamos de exponer. La segunda contradicción se nos presenta desde el primer momento desprovista de toda base. ¿Dónde dice S. Mateo que José y María residiesen habitualmente en Belén antes del nacimiento del Salvador?

UNA COLECCION DE SUEÑOS. El filólogo austriaco Roberto Eisler, nacido en Viena el año 1882, soñó mucho. Lo interesante y peligroso de sus sueños es que soñaba despierto; circunstancia que le inducía a creer en la realidad de aquellos, y a presentárselos al mundo sabio en calidad de historia. Fué sensacional su intervención, cuando en una asamblea de filólogos celebrada en Erlangen (Alemania) el año 1925, reveló el fruto de sus investigaciones: documentos nuevos y una nueva, revolucionaria interpretación de la vida de Jesús. Recobrada la serenidad, se echó de ver que Eisler, no presentaba documento alguno, que no hubiera sido publicado por A. Berendts, veinte años antes. Toda la novedad de Eisler, y aún ésta muy relativa, se reducía a una interpretación de los documentos arbitraria y descabellada.

El Dr. Carbonell emplea como la mitad de su trabajo (N. 45, pp. 40-48), en recopilar estos sueños, que el mundo sabio desechó muy pronto como harapos inútiles. Harto tiempo ha perdido el Dr. en su ingrata faena, y nos ha hecho perder a nosotros, para que nos decidamos a perder aún más, hurgando en el montón. Hubiera hecho mucho mejor en relegar al olvido los delirios de R. Eisler, ateniéndose al juicio, acertado ciertamente en este caso, de su pontífice máximo y maestro infalible M. Goguel. "El método de este autor (Eisler) —escribe Goguel (N. 45, p. 44)— nos parece arbitrario, porque consiste en que, en vez de interrogar los textos con toda impar-

cialidad, y sin ideas preconcebidas, los somete, antes de utilizarlos, a un tratamiento quirúrgico de amputaciones y restauraciones tan audaces, que le permiten decir lo que los textos no parecen decir, y algunas veces hasta lo contrario de lo que los historiadores anteriores habían encontrado".

Después de haber expuesto y razonado una acusación más rigurosa aún —la de Goguel, con ser terrible, peccá de moderada—, concluye así H. Dieckmann (10): "Se comprende, pues, que la teoría propuesta por Eisler no haya tenido ningún defensor entre los hombres de ciencia". ¡De mal agüero nos parece el empeño del Dr. Carbonell, por salirse de las filas en los que forman los hombres de ciencia!

UN SUEÑO DE LA COLECCION. No carece de interés conocer alguno de los sueños de Eisler, que nos sirva de muestra sin valor. Nos será útil recordar aquel en que trata de explicar la resurrección de Cristo, y que en su recuento cita Carbonell (N. 45, pp. 42-43): "Después de la ejecución (crucifixión), algunos mujeres solicitaron en vano su cuerpo. En diversas ocasiones se encontró al hermano gemelo que se parecía de modo especial al otro: así tomó nacimiento la leyenda de la resurrección".

¡Qué fácil le es a Eisler encontrar en sueños un hermano carnal de Jesús, y parecidísimo, más aún, gemelo, como le conviene para salir adelante con su teoría. ¡Qué fácil es soñar bastase un simple parecido, para que triunfase tan excepcionalmente la idea de la resurrección de Jesús! Mas los sueños sueños son; y cuando de las vaporosidades caprichosas de los sueños se desciende a las realidades tangibles de la historia, se desvanecen, sin dejar ni rastro de sí. ¿Qué pretende Eisler: que antepongamos sus sueños al testimonio de los evangelistas, al testimonio de Pedro y Pablo, al testimonio de toda la Iglesia primitiva, garantizado con sello de lágrimas y sangre?

Poca confianza parece haber tenido el mismo Eisler en la teoría expuesta. Su desconfianza se pone de manifiesto en el hecho que a continuación apunta el Dr. Carbonell (N. 45, p. 43): "Otra hipótesis admite Eisler..." Otra hipótesis... contraria a la anterior...: entiéndase otro sueño, y no esperamos a que nos la cuente.

(10) De Revelatione Christiana (Herder, Friburgo de B., 1930), nn. 557-63.

¿REVUELTO EL JUEGO? A propósito del despropósito de Eisler, que saca de la nada un hermano gemelo de Jesús, para encomendarle al papel de reemplazar a Jesús resucitado; inserta el Dr. Carbonell una balumba de citas sobre los hermanos de Jesús. No quisiéramos suponer malignidad en sus intenciones; pero es lo cierto que la disposición de estas citas, parece responder al designio de desorientar y perturbareado, le presenta el problema como un embrollo indescribable, le mezcla lo cierto con lo incierto, lo sustancial con lo accidental; terminando por ofrecerle, como resultado legítimo de la contienda, el veneno de una cita de Guignebert, contrario a la virginidad de María.

Es trata poco noble, esta de dar por revuelto el juego, y aun pretender por este medio ganarle, cuando se tiene perdido. No hay tal juego revuelto. Cada quien defiende sus cartas. Analizada la indigesta erudición de nuestro adversario, quedan en el fondo dos objeciones contra la virginidad, ambas mil veces victoriosamente refutadas. Insiste el Dr. en la principal, a saber: que los evangelios nos hablan de los hermanos del Señor.

La expresión hermanos de Jesús del texto griego neotestamentario es traducción de la correspondiente aramea, en conformidad con la cual ha de interpretarse en un sentido amplísimo, un tanto sorprendente para nuestra mentalidad, pero científicamente indudable. Consúltese cualquier diccionario competente y se verá que la expresión bíblica hermanos puede significar cualesquiera parientes, los individuos de la misma raza, del mismo pueblo, del mismo oficio, los allegados, los amigos, los aliados...

Nuestro adversario apela al hecho de que "en el seno de la Iglesia ha habido disparidad de opiniones". ¡Fuera equívocos! En la Iglesia no ha habido diversidad de ideas respecto de la verdad central: la virginidad de María, y la inexistencia de hermanos de Jesús en el sentido más estricto. La disparidad de opiniones se detiene en las regiones inferiores de las cuestiones secundarias, que versan sobre el grado concreto de parentesco, de los llamados hermanos de Jesús, entre sí mismos y con el Señor.

V. Cantera S. J.

(11) Véase por ej. F. Zorell, Novi Testamenti Lexicon Graecum (Lethielleux, París 1911) p. 10.